

RECUERDOS DE LA INFANCIA: OCIO Y CULTURA



José García Vico

*E*n los tiempos lejanos de mi infancia la palabra cultura no estaba tan de moda como ahora que se emplea con prodigalidad; lo mismo que raíces..., hasta el punto, de que algunos, a fuerza de ahondar tanto en sus antepasados se quedan inmóviles, como un árbol, o como la mujer de Lot, pero sin sal... En aquella época, a los cultos se les llamaba instruidos, y a los inteligentes, listos.

Nuestro pueblo, como es sabido, estaba casi aislado por tierra del mundanal ruido. Lo mismo que por el aire pues, a pesar de estar en la ruta de algunas líneas aéreas, los aeroplanos no paraban, no aterrizaban nunca, conformándonos con el ruido de sus motores y la 'vista de pájaro' invertida, es decir, mirando al cielo, a verlos pasar, sin tener una idea exacta de su figura, viniendo entonces en nuestro auxilio la prensa gráfica, por aquello de los famosos vuelos del 'Plus Ultra'; del 'Jesús del Gran Poder' y del desgraciado 'Cuatro

Vientos'; que después de cruzar el Atlántico y aterrizar en Camagüey (Cuba), se perdió en una segunda etapa: La Habana-Méjico, con los gloriosos aviadores Barberán y Collar.

La prensa diaria se leía con avidez, así como las revistas 'Blanco y Negro'; 'Estampa'; 'Ahora', y en otros tiempos más antiguos, 'El Mundo Gráfico' y 'El Siglo'; que alguna vez encontrábamos en la buhardilla o en las cámaras altas, olvidados, con las páginas reseca y amarillas, aunque ello no era obstáculo para hojearlas y husmear en el pasado. También se leía mucho en los casinos. He dicho bien: En los casinos. Con biblioteca incluida, los casinos eran verdaderos centros de recreo, llamados, 'Independiente' y 'Artesanos'; más conocidos por el de 'arriba' y el de 'abajo', dada su situación altimétrica. Ninguno, en aquellos tiempos, tenía matiz político, aunque sí gremial.

En el primero, también conocido por el de 'los señores', eran socios labradores, profesionales e industriales. Estaba ubicado en la calle Real, en la casa que fuera de Adolfo del Moral Lajara; preciosa mansión; una verdadera joya; frontera a otra joya: la de Bernardo Olmedo, a las que acompañaban entonces, la de Indalecio Olmedo en la calle de Santa Ana; la de la niña Virginia, en la de Soto, y la de los Cerdá. Dada la fuerte pendiente de la calle se construía una terraza en verano en forma de cuña, para conseguir una planta horizontal, colocando una barandilla en el perímetro. Entonces el conserje se llamaba Vicente. Años más tarde, dicho casino se instaló en calle de La Palma; en una casa de Juan Medina. Por fallecimiento de Vicente, se hizo cargo Rafael "el Ciego". El ambigü estaba a la derecha de la entrada, siempre concurrido y con olor a bebidas: vinos, cerveza y café. En otra habitación de la planta baja, el salón principal; ocupado generalmente por personas mayores, con mesas, sillas y divanes. Mi corta edad no percibía otras cosas; también el gratísimo olor a café recién hecho: El que goteaba del colador niquelado encima del vaso, envuelto en el espeso humo de los cigarros puro. Mi recordado tío, Isaac Jerez, me premiaba con un azucarillo cuando le daba un recado en aquel lugar. En ese nuevo domicilio, pasados unos años, lo frecuenté en las fiestas para ver bailar a las amigas con otros, (mayores), con cierta envidia y celos. También para beber alguna caña que otra en la barra cuando iba en busca de Antonio Manuel, amigo, hijo del conserje. En el nuevo domicilio se renovó el mobiliario; recordando mejor las estancias y los juegos que en ellas tenían lugar: Dos, contiguas al salón 'noble,' en las que se jugaba al billar, en una, y a las cartas, dominó y ajedrez, en la otra.

En el primer piso se ubicaba la biblioteca y enfrente de la escalera, el gran salón, presidido por un piano, que tocado por las expertas manos de Don Manuel Pelegrín, hacía las delicias de la juventud local y forastera, cuando los estudiantes tunantes, traían aquéllos aires de Madrid: bailando chotis apretados; exhibiéndose presumidos a la concurrencia interior y a los mirones de la entrada.

En el casino de abajo, el de los artesanos, establecido en un hermoso piso del callejón de la iglesia, junto a la entonces casa del médico Don Francisco Martínez, se percibían los mismos olores y sabores que en el de arriba: en el bar que regía el bonachón de Incomoda; organizándose los mismos actos y los mismos juegos. Me viene a la memoria una graciosa

anécdota: en un momento dado, sintieron los socios la llamada del progreso y adquirieron una hermosa radio, (mamotreto diría yo), que a la hora de funcionar, se negó, pese a los buenos deseos y pericia de Domingo Reyes y de otros entendidos que sólo consiguieron que oyéramos un pitido, como el de la sirena de un barco en el puerto de Almería..., (por ser el más próximo a nuestro pueblo), según creyeron, cuando no era más que uno de los innumerables sonidos, propios de tales ingenios, y mucho más, tratándose como era de la radio de una embarcación, utilizada para otros fines.

El ocio, según lo define el diccionario de la Real Academia, tiene dos acepciones: No hacer nada o, hacer algo diferente al trabajo habitual. Pues bien, sin descartar absolutamente la primera, la segunda, fue, y quizá siga siéndolo, la clave del prodigioso fenómeno cultural que siempre caracterizó a nuestro pueblo en relación, no sólo con los de la comarca, sino a otros más ricos y más poblados. Y, es que si a los hombres de Cabra se les motejaba entonces con respecto a la bebida de 'tarimeros', por consumirla en casa; también podíamos aplicar el mismo criterio con referencia a la lectura: lectores empedernidos en sus casas y algunos en la calle, contra viento y marea; cuando el paciente enamorado, leía bajo la mortecina luz de una lámpara del alumbrado público, en espera a que la dama se asomara... Aquí puede estar la clave o parte del 'misterio': del oasis cultural, que desde todos los tiempos, fue conocida Cabra, y si a esto le añadimos el porcentaje de estudiantes y profesionales que siempre produjo, el fenómeno se entiende mejor. Porque como decía Aristóteles: 'Tener ocio, sería ejercitarse en la contemplación intelectual de la belleza, la verdad y el bien'. Y, es que el ocio, forma también parte del trabajo.

A tenor con lo que antecede, no es extraño, que dos de las manifestaciones más sublimes y maravillosas del arte, como son la música y el teatro, afloraran casi desde siempre en nuestro solar, pues ambas exigen curiosidad, entusiasmo y sensibilidad o, dicho de otro modo: Cultura. Esto no quiere decir que sean los 'leídos' y los inteligentes, los más aficionados a las bellas artes, pues en esos componentes de la cultura citados más arriba, hay uno: el de la sensibilidad, el más importante; que generalmente procede de los genes o de los dioses..., instalándose en un rincón del alma; generando artistas de diferentes grados, cuyos oficios los relacionaban más con las artes que los que ejercían otras profesiones. En Cabra, la clase artesanal, jugó en todos los tiempos un papel principal en el desarrollo de la afición musical y escénica, nutriendo la banda municipal y, participando como actores en el arte de Talía. Los artesanos fueron siempre lo más preciado, lo que dio fama a la villa del Santo Cristo.

La afición a la música parece que existió en época más lejana, según pude oír a mis padres y a otros coetáneos, independientemente de la clase artesanal, cuando recordaban las veladas de piano en los domicilios de sus amistades y en el de la profesora, mi tía abuela Gumersinda Navarrete; pues haciendo memoria de las familias con piano que en mis tiempos lejanos lo tenían, he recordado quince o más. Sólo en la calle de La Palma y Soto, en la acera izquierda, en dirección a la plaza, había seis o siete: Pardo; Cerdá; Rus; Gámez-Pelegrín; García Pugnaire y Josefa Medina; recordando con simpatía

y nostalgia, los conciertos de verano que los hermanos Pardo ofrecían a los vecinos, con María al piano y Cayetano y Pepe con el violín; con los postigos de la ventana del salón a la calle, de par en par. También había aficionados a otros instrumentos, que oíamos en el silencio de las calles: Cristóbal el barbero con la flauta; lo mismo, Paco el de Ursulica. Enrique García Pugnaire con el violín; Domingo Reyes, con la trompeta; el médico Martínez, con el acordeón, y otros que no recuerdo; pues era tal su afición, que la ejercían en el ocio recomendado por el filósofo griego. Tantos eran los artistas, que en un carnaval que hizo época se formó una Estudiantina en la que todos vestían de tunos y compusieron una copla que perduró en nuestro carnaval durante muchos años y que hacía alusiones al famoso cencerraje a 'Monoso'. Las serenatas a las novias y pretendidas eran muy frecuentes, así como los 'tocaes' que contrataban los 'juerguistas' para animar la fiesta, y después, para proclamar su alegría por las calles. Estos artistas de la guitarra y bandurria también actuaban en los famosos bailes de candilillo y bodas. Sin embargo, no era un pueblo de cantaores de flamenco, aunque alguien dijo, que existió uno en tiempos pretéritos, llamado Clavel; ni había mucha afición al cante andaluz. Recuerdo no obstante, la actuación del famoso Pepe Marchena en la plaza de toros, cuando en un momento dado, abandonó el escenario sin terminar el espectáculo, con la protesta airada del público que le seguía por la calle; volviéndose el cantaor hacia ellos, de vez en cuando... ¡cantándoles!, convirtiendo las iras en aplausos al original artista. También recuerdo que un músico famoso de la familia Gámez, figuró en la Sinfónica de Madrid.

En los tiempos jóvenes de mis padres, además de las reuniones que comentamos más arriba, y de las funciones teatrales en el local 'La Tercia' –local que era propiedad de mi abuelo Pepe Vico Ferrer-, también se bailaba el bolero y la jota, que no se si serían como las de Los Villares o Valdepeñas de Jaén, famosas. U, otras más próximas; sugiriéndome los citados bailes, el deseo de bucear... en los orígenes de la Música y el Teatro, que tienen su nacimiento en la Danza: la más antigua de las artes, según los estudiosos: 'Pues si en el principio fue el Verbo'; podemos decir, parafraseando al apóstol san Juan: que en el principio era la Danza, y la Danza era el Ritmo.

En mi modestísima opinión, ¡ajo! el teatro nació con nuestros primeros padres que, en el momento de ser creados, oyeron una voz que les decía: 'El hombre es teatro y la mujer va al teatro'. (Un proverbio todavía vigente). Propagarlo por toda la Tierra y, así ha sido, pues desde nuestro nacimiento y en todos los tiempos, los niños hemos jugado a hacer teatro (espejo de la vida), imitando las ocupaciones y vida de los mayores: Casitas, muñecas, tiendas, altaricos, guardias y ladrones; guerrillas, mojangangas, médicos, corridas de toros, teatricos...y, hasta descubrimientos: pues, me permito otra licencia, el que esto escribe pretendió descubrir otra vez América, vestido para la ocasión, con espectadores..., en una alberca, sobre un cajón con rajadas, que nada más pisarlo, se hundió y yo con él, salvando la vida por milagro, gracias a la baja altura del agua, pero con un buen remojón, recibíndome en casa con palmas...

Cuando vine al mundo, ya existía el Salón Prin y en él vimos la primera película -otro signo cultural-, y más tarde, la primera función de teatro representada por la compañía de González Salvador: 'Tierra baja' de Guimerá. Después, en los años 30, vendrían las puestas en escena por la inolvidable Sociedad Cultural de Amigos del Arte, entre las que recuerdo: 'Anacleto se divorcia'; 'La casa de Quirós'; 'Malvaloca'. Magistralmente interpretadas por miembros de la citada Sociedad local que, como consumados artistas, se metían en la piel de los personajes que interpretaban, gracias a su arte innato; inteligencia y sensibilidad. Como no es posible citarlos a todos por razones de espacio, en el recuerdo están: Magdalena Pugnaire; Rafaela Pardo; Leonor García; Paquita González; Amadora Fernández; Virtudes Cózar; Maria Manjón y Emilia Gila: Guapa y brillante vedette en el teatro musical. Los varones: Antonio Fernández; Manolo Fernández; Fermín González; Jerónimo; Apolinar; Salvador Pajares y muchos más, de aquel meritorio y numeroso elenco, que satisfizo todas las esperanzas e ilusiones de un pueblo amante del arte más antiguo de la humanidad. Con los Amigos del Arte, el público aficionado, llenaba el teatro; ocupando el pueblo llano todo el 'paraíso' y anfiteatro; siguiendo con mucha atención el desarrollo de la función y, reclamando su comienzo, cuando ésta se demoraba, con aquellas voces: de, ¡arriba la jarapa! o, ¡arriba el telón!. Para Unamuno, los mejores espectadores.

Sería injusto omitir, al hablar del teatro local, nombres de personas tan importantes de esta actividad cultural como: Don José Pardo y Don Manuel Herrera, verdaderos directores de escena y corazón y alma de aquellos gozos; así como en la parte musical, el de Don Manuel Pelegrín; sin olvidarnos de la pléyade de jóvenes artistas, procedentes de las distintas clases y condición, que con sus aficiones, constituyeron la base, el cañamazo, de toda la actividad cultural tan floreciente en aquellos tiempos y que ahora tratamos de evocar.

No quiero terminar sin recordar una vez más el maravilloso Salón Prin, hoy dolorosamente desaparecido, que honró a los que tuvieron la feliz idea de construirlo, convirtiéndolo en una de las mejores señas de identidad de un pueblo y en el más emblemático edificio de su cultura.